

ENTREVISTA CON MICHEL BERTRAND

Eduardo Madrigal y Javier Salazar***

Entrevista llevada a cabo en el contexto del IX Congreso Centroamericano de Historia, realizado en San José, Costa Rica, del 21 al 25 de junio de 2008

R.H./ Se ha dicho que el microanálisis histórico es producto de una transformación del mundo que se opera a partir de la década de los 80 y que tuvo como resultado un proceso de caída de los paradigmas dominantes de la modernidad occidental. En este contexto, el microanálisis se ha planteado como una corriente contestataria a la historiografía braudeliana que vio a las grandes regularidades sociales –las estructuras– como determinantes últimos de la vida del actor social para el que constituían “cárceles de larga duración”. Al mismo tiempo, también surgió en esta época una reacción contra las corrientes que plantearon que el pensamiento lógico-racional científico de Occidente no era sino un discurso más del poder destinado a construir una visión dominante del mundo y a ejercer un control sobre los individuos, amenazando así con abandonar toda posibilidad de llegar a una comprensión racional de la realidad. Estas corrientes han sido englobadas bajo el mote de “posmodernismo”. ¿En qué sentido reacciona el microanálisis contra cada una de estas tendencias y qué rescata de cada una de ellas?

M.B./ El microanálisis es una forma de criticar y poner en tela de juicio una interpretación de la Historia: la de los enfoques estructuralistas. Para los historiadores de tipo braudeliano, lo que explica el funcionamiento –el mecanismo– de la historia son las estructuras, y los actores sociales son vistos como objetos condicionados por estas. La más conocida de ellas es la estructura de clases, que es un concepto retomado del marxismo –obviamente–, aunque Braudel no es marxista, pero reutiliza este tipo de categorías. Así pues, en cierta forma, el microanálisis surge en la década de 1980 como una toma de conciencia de las limitaciones de este tipo de interpretación. Es interesante subrayar que los primeros que lanzan este tipo de propuesta frente a lo que era predominante, ya sea en el estructuralismo marxista y en el estructuralismo de la así llamada “Escuela de los Annales”, es gente que viene precisamente del propio marxismo, son historiadores italianos como Giovanni Levi y Carlo Ginzburg, que vienen de un país donde, precisamente, la crisis del marxismo fue mucho más acelerada que en otros países europeos. En Italia, la crítica del marxismo coincidió con un período de crisis de la izquierda, del partido comunista, y cuando se dio la conocida propuesta del compromiso histórico con

* Doctor en Historia. Académico de la Escuela de Historia y el Centro de Estudios Generales de la Universidad de Costa Rica (UCR).

** Bachiller en Historia y egresado de la Maestría en Historia Aplicada, Universidad Nacional (UNA).

la derecha. Dentro de este contexto, la mecánica de la historia a como era concebida por los paradigmas mencionados –hasta entonces dominantes– dejó de ser satisfactoria y esto hizo que los historiadores italianos quisieran ir más allá. Fue ahí donde surgió este tipo de propuesta consistente en romper el esquema estructuralista y de hecho los microhistoriadores italianos son quienes se han hecho más radicales en ella. Hoy día el más radical de todos es Carlo Ginzburg para quien un individuo –léase el conocido molinero de su obra *El queso y los gusanos*.¹ – puede ser la expresión del funcionamiento de un sistema global mundial, una especie de microcosmos que lo dice todo. Giovanni Levi se ubica también en esta línea, pero creo que no es tan radical como Ginzburg. Creo, pues, que estos autores están en ruptura total con la visión tradicional, es decir, con la visión estructuralista. Lo interesante es que esa propuesta de finales de la década de 1970 y principios de la de los 80, va a ser retomada en Francia por *Annales* y aquí hay dos nombres importantes: los historiadores Jacques Revel y Bernard Lepetit. Ellos retomaron la crítica que hacían los microhistoriadores italianos e intentaron rescatar los aportes de *Annales*. En consecuencia, lo original de la propuesta de Revel y Lepetit es que se dirige a compaginar los dos acercamientos –el estructural y el microanalítico-. El texto más programático de esta propuesta, de 1988, se titula “El giro crítico”,² texto en el que se propone que la llamada “Escuela de los Annales” sin renunciar a la visión teórica que reconoce la importancia de las estructuras –la cual es un fundamento de su pasado y constituye su herencia–, tiene que tomar conciencia también de que esas estructuras no permiten explicarlo todo. Entonces, frente a esa visión estructuralista, que no se rechaza en ningún modo, hay que contraponer un planteamiento de nivel micro que tome en cuenta que el actor social, el individuo, no está encerrado completamente en marcos estructurales ineluctables. Antes bien, en la sociedad humana existe lo que Revel llama “intersticios”, espacios donde el actor social puede jugar con las estructuras. Así pues, en mi caso, fue esa forma de ver el microanálisis –no tanto la de Levi o de Ginzburg, que implicaba un rechazo más abierto a la interpretación basada en estructuras–, la que me interesó. Creo que el historiador tiene que observar los dos lados, tener los dos acercamientos, y que lo verdaderamente interesante es el juego entre lo macro y lo micro. Si uno se queda en lo micro, tiene una visión puntual, interesante, pero que no nos dice nada de una cierta globalidad. Es interesante saber cómo reacciona o cómo se comporta un individuo frente a un problema, pero si me quedo allí, eso no me permite comprender la sociedad como un todo. Lo interesante, entonces, es el funcionamiento social, es preguntarse cómo lo que hace un actor individual o colectivo, por ejemplo un grupo de parentesco, una familia, una empresa –pues hay muy distintos niveles o escalas de análisis– puede decirnos de una cierta globalidad; cómo eso me ayuda a comprender el comportamiento social global. Eso es lo que Lepetit llama el “juego de escalas”.³

Así pues, yo creo que el microanálisis es una forma de no rechazar las estructuras, al tiempo que se les incorpora el análisis del nivel microsociedad, y eso es muy importante. Es decir, que en el enfoque microanalítico no se considera que las estructuras sean inútiles para comprender una sociedad, más bien, la propuesta de este enfoque es que lo estructural nos da un contexto, un marco de interpretación, pero hay que contrastar ese contexto con el nivel micro en que están situados los actores sociales, y ver cómo ambas cosas interactúan. Son esos dos acercamientos lo que nos permite acercarnos a

la complejidad de lo social pues, si nos quedamos en lo estructural, simplificamos, y si nos quedamos en lo puntual –en lo micro– simplificamos también, porque no hacemos sino brindar una interpretación puntual de la conducta de un actor o de un grupo pequeño de actores sociales. Así pues, es la confrontación entre los dos niveles lo que nos interesa, el vaivén permanente entre macro y micro. Es en ese sentido, me parece, que el microanálisis en general ha querido superar la crisis de los paradigmas estructuralistas que emerge a finales de 1970 y principios de los 1980.

R.H./ *La evolución reciente de los estudios históricos ha tomado una gran cantidad de caminos, muchos de ellos disímiles entre sí, en gran medida como resultado de la crisis que hemos mencionado, y el paisaje que se presenta al observador en este sentido es sumamente complejo y variopinto ¿Cómo es el panorama actual de las corrientes de pensamiento existentes en los estudios históricos europeos y cuál es el lugar que ocupa frente a ellos el microanálisis?*

M.B./ El paisaje historiográfico actual es muy heterogéneo, cosa que es una gran diferencia con respecto a lo que pasaba hace 30 o 40 años. Cuando yo era estudiante, mis maestros no se planteaban problemas sobre diversas corrientes historiográficas, había una forma de hacer historia y nada más: la Historia a como la concebía la “Escuela de los Annales”. Había, desde luego, problemas históricos a resolver, pero se resolvían únicamente desde el modelo de investigación elaborado por *Annales*, el cual venía a ser como un metadiscurso. Hoy eso es imposible.

Actualmente, lo que caracteriza el paisaje historiográfico es su gran diversidad, cosa que permite en mucho que exista un diálogo entre los historiadores, no lo dudo. Sin embargo, también impide este diálogo porque en Europa, por lo menos, me parece que los historiadores de hoy están más bien ensimismados cada uno en su corriente de pensamiento; no hay un historiador que sea capaz de proponer una síntesis o que se atreva siquiera a hacerlo. Creo que cada historiador está hoy en su tema de investigación, en su problemática, en su metodología, y sabe que hay otros tipos de enfoque, otras metodologías, pero no veo que haya gran debate historiográfico entre estos enfoques y tendencias. Diría entonces –si se me permite usar una palabra en francés que creo lo expresa verdaderamente bien– que el panorama historiográfico de hoy está verdaderamente *éclaté*.

En pocas palabras, hay un paisaje muy heteróclito, no hay una propuesta que predomine, hay una gran heterogeneidad de acercamientos. Voy a citar un ejemplo de esto. Me parece interesante hoy, para el caso francés, el desarrollo espectacular de lo que se ha dado en llamar los acercamientos o los planteamientos de historia del “ego”. Esta historiografía de los “suelos privados” se interesa por los documentos personales escritos por individuos –documentos tales como correspondencia, *livres de raison*, *ricordanze*, diarios, etc. –, donde un individuo cuenta hechos de su vida o simplemente lo que para él es importante, en un momento dado. Este tipo de documentación era conocida desde mucho tiempo atrás, pero para la perspectiva teórica de *Annales* era difícil de utilizar, porque no mostraba más que voces de individuos que hablaban de sí mismos, lo que hacía que no tuvieran significado desde una perspectiva enfocada al análisis de

las estructuras colectivas. Es cierto que un historiador como Philippe Ariès, allá en los setenta, intuyó el interés de esa documentación y escribió un libro titulado *Un historien du dimanche*,⁴ donde aborda precisamente este asunto. Sin embargo, Ariès fue un personaje muy marginado dentro del gremio francés, porque era un hombre de fuera de la academia. El hecho es que pensó que se podía utilizar este tipo de documentos para acercarse a las llamadas “mentalidades”. Hoy, sin embargo, se multiplican los trabajos a partir de este tipo de documentación y a partir de ella los historiadores reconstituyen un sinfín de historias puntuales. No obstante, estas historias resultan ser muy parcelares. De hecho, ninguno de los historiadores que utilizan este tipo de documentación consigne proponer un mínimo de síntesis, es una cosa muy heterogénea. Esto sí me parece un elemento muy significativo del panorama historiográfico de Europa.

Así pues, en la historiografía de la Europa actual hay un sinfín de acercamientos y cuestionamientos, pero no existe, me parece, una inquietud (o una capacidad, no sé) de proponer una síntesis. De hecho, no hay duda de que el conjunto de la historiografía occidental –y la historiografía latinoamericana participa de eso–, es una historiografía muy *éclaté*, donde no hay una línea dominante. En este contexto, el microanálisis es una propuesta entre muchas otras. Esto se ve en que ya no hay debate en torno al microanálisis; hubo un poco de polémica a principios de 1980 sobre la pertinencia de este enfoque, pero rápidamente desapareció. Esto nos muestra que hoy es una línea de trabajo perfectamente incorporada al paisaje historiográfico, entre todas las que hay. Hoy pues, en las distintas revistas de Historia que existen, hallamos artículos que se yuxtaponen y pueden tener enfoques historiográficos diametralmente opuestos. No hay –y eso me parece muy significativo– una única visión o propuesta que sea capaz de dar coherencia a todo eso, por lo tanto, me parece que lo que predomina es la heterogeneidad.

R.H./ *Usted empezó su carrera de investigación como historiador de las estructuras agrarias con su tesis sobre Rabinal. Luego, hacia los años 90, sus intereses investigativos derivaron hacia el análisis de redes sociales aplicado sobre todo al estudio de los aparatos administrativos de la monarquía indiana, ¿a qué se debió esta transformación?*

M.B./ Yo soy un producto de la escuela histórica francesa, en la cual, en mis años de estudio, tuvo un peso preponderante, como decimos, el tipo de análisis que comentamos, basado en las estructuras sociales, mentales, económicas... De hecho, cuando empecé mis estudios, lo que predominaba era la historia económica. Sin embargo, a mí nunca me gustaron los números, las cifras, por lo que la historia económica no me atraía. A pesar de eso, como dije, yo fui formado en el modelo de la escuela de los *Annales*, por lo que había que recurrir a sus modelos de análisis. Así, cuando me lancé a hacer mi tesis doctoral, no pensé en otro tipo de problemática más que en la que yo veía que se hacía en torno a mí. De hecho hubo un libro que me impactó mucho cuando empecé a interesarme por la América colonial, es el libro de François Chevalier,⁵ una obra que también influyó mucho en la historiografía. Este libro fue para mí, como joven historiador, toda una revelación, que hizo que me interesara por reflexionar sobre la pertinencia del modelo de análisis planteado en él, el cual es válido, en general, para el norte de México. Quise ver, entonces, si ese modelo se podía aplicar a la zona donde yo trabajaba por

razones un poco casuales. A mí me interesaba comprender el funcionamiento de una sociedad colonial estudiando la estructura agraria, es decir, la propiedad de la tierra. Estudié entonces una región que tenía su unidad geográfica y social –la región guatemalteca de Rabinal–,⁶ y ahí adentro intenté ver cómo se repartía la tierra entre el siglo XVI y el siglo XIX. Aplicaba entonces una visión muy clásica –estructuralista obviamente– que era característica de la llamada “Escuela de los Annales.” Por ello, puedo decir que, finalmente, yo era un producto totalmente clásico, y me situaba en un tipo de ejercicio investigativo que en la escuela de historiografía francesa también es muy clásico: la monografía.

Cuando acabé este trabajo –defendí mi tesis en noviembre de 1983– y empecé a pensar en qué otro tema podía trabajar en adelante, el contexto historiográfico había cambiado totalmente. Empecé a leer entonces trabajos que no eran producto de la historiografía de los *Annales*, por lo que leí a Ginzburg, entre otros. Lo importante es que empecé a leer estas propuestas de investigación en un momento en que, además, había un debate historiográfico muy fuerte en Europa y el mundo. Entonces, surgió una revista en Francia que se llamaba *Le Débat* a principio de la década de 1980, en la cual también se tocaban estos temas. Todo eso me hizo caer en conciencia de que yo me había formado en cierto marco, en ciertos paradigmas, los cuales podían ser cuestionados, y que se podía intentar acercarse de otra forma al pasado; eso me interesó. No es que rechazara los paradigmas básicos de mi formación. Yo sigo siendo un historiador de lo social. Esto siempre fue así, desde la época misma en que escribí mi tesis doctoral. En ese momento, lo que me interesaba al estudiar Rabinal, no eran las tierras o las estructuras agrarias, sino comprender cómo funcionaba una sociedad colonial, donde había indígenas y gente diferente de esos indígenas, por ejemplo, los religiosos dominicos, que tenían su propia agenda de intereses. Todos ellos modelaron el funcionamiento de esa sociedad colonial.

Después, cuando empecé a investigar sobre las élites burocráticas del período colonial, concretamente en mi trabajo sobre los oficiales de la Real Hacienda de la Nueva España,⁷ y a reflexionar sobre el funcionamiento de un aparato estatal, resultó ser lo mismo: no era el aparato administrativo –la estructura en sí– lo que me interesaba, sino el funcionamiento de la sociedad como tal. Así, aunque desde luego el enfoque que empecé a usar en ese momento era ya radicalmente distinto al de la tesis que había hecho sobre Rabinal, para mí la estructura administrativa no era ya lo importante –porque además era bastante conocida dado que los historiadores del Derecho habían hecho bastantes trabajos al respecto–. Lo que me interesó, llegado a ese punto, fue el análisis de esas instituciones coloniales como un espacio antropológico. Me atrajo preguntarme cómo se movía la gente allí dentro, como se relacionaba, pero mi objetivo era siempre comprender la sociedad colonial. La diferencia radicó en que en esta nueva investigación utilicé otras herramientas que me parecieron más pertinentes para comprender la posición de los actores y grupos de actores en ella. Esto fue así porque yo trabajé fundamentalmente sobre un grupo social específico, por lo que era crucial preguntarse cómo ese grupo se manejaba, cómo se relacionaba con la sociedad que le rodeaba y cómo funcionaban las relaciones dentro del mismo grupo. Entonces, apareció para mí algo más que evidente: en el momento de querer comprender las dinámicas internas no era

posible quedarse en un acercamiento de tipo estructural, porque eso no revelaba nada. Ciertamente, lo estructural brindaba un marco útil, pero no suficiente. Más que eso, yo hice un acercamiento prosopográfico, con el cual reconstruí una especie de paisaje general. Eso, por supuesto, no me decía concretamente cómo funcionó el grupo que estudié, pero fue ahí, después de haber leído el trabajo de Giovanni Levi,⁸ que para mí fue otro gran libro, después del de Chevalier, que caí en conciencia de que, si quería comprender cómo funcionaba el grupo que estaba estudiando, tenía que reconstruir un sistema de relaciones. Solo un sistema así me podía mostrar elementos como las alianzas familiares de los individuos que formaron parte del aparato administrativo de la Real Hacienda. También me di cuenta de que la familia no era el canal exclusivo por el cual los actores que me interesaban se manejaban dentro de la sociedad colonial: comprendí que también podían tener amistades, inversiones económicas con compadres, etc., en suma, que tenían un sistema relacional mucho más complejo que la familia. Por ello, intenté reconstruir los sistemas relacionales de los individuos que estaba estudiando en toda su diversidad y complejidad, para comprender cómo estos individuos ejercían cierto poder. Ciertamente no eran los burócratas más importantes del período colonial, pero eran personas claves porque manejaban el dinero de la Corona, recaudaban los impuestos y pagaban los salarios de los demás ministros reales, para después enviar lo que quedaba a la península. Estaba claro entonces que esos hombres que manejan el dinero, el tesoro de las Indias, eran una buena puerta de entrada para asomarse a la sociedad colonial, al entorno donde estaban, y comprender así cómo se situaban en la sociedad, cómo se posicionaban en las élites, cómo otros intentaban acercarse a ellos para obtener favores o arreglar algunas cosas de interés propio... Tratar de descubrir eso, me obligaba a comprender los sistemas relacionales, y de allí surgió la necesidad –porque para mí era una necesidad– de reconstruir una red social. Esto no fue un *a priori* en mi trabajo que me propusiera a mí mismo desde un principio. Antes bien, vino a ser una necesidad teórico-metodológica en el momento en que reconstruí el sistema burocrático y el lugar administrativo en donde estaban los oficiales reales, pues eso no me decía sino una pequeña parte del papel que podían jugar. De ahí que la teoría de las redes sociales resultara ser una clave que me permitió comprender cómo estos personajes se movían dentro de lo que yo llamo un espacio antropológico, que estaba constituido por la administración colonial. Este espacio resultó ser para mí como un territorio en el que yo podía mirar, como un antropólogo mira una comunidad indígena, a los miembros del aparato político colonial. Yo hice justamente eso y fue ahí donde tuve la necesidad de utilizar la categoría, el instrumento analítico que es el concepto de “red social”.

R.H./ *Se señala que el concepto de “red social” es una herramienta de análisis sumamente poderosa para explicar el papel del actor social como creador y transformador de las grandes estructuras, así como para analizar su conducta en sus estrategias y luchas cotidianas en el contexto de estas. Con esto, se dice, se logra “bajar” el nivel de análisis de la Historia de las grandes estructuras y ponerlo “a ras del suelo”, más cerca del actor y sus vivencias, pero sin perder con esto la conexión con el nivel macroestructural ¿Cuál es el balance –o los posibles balances– que hace el microanálisis entre la experiencia del actor específico y lo socialmente generalizable?*

M.B./ Eso es lo más difícil, y es quizás donde más limitaciones tiene el análisis micro-histórico. Los microhistoriadores -por ejemplo, Giovanni Levi o Carlo Ginzburg entre otros- hablan del paradigma del indicio cuyo principal postulado o axioma es que lo que se puede demostrar en el nivel micro puede tener validez más allá de lo observado en ese nivel micro. No obstante, la gran crítica que se puede dirigir, me parece, al microanálisis así planteado es que no da el paso para dar fuerza a esta afirmación. De forma que, sí es difícil relacionar lo micro con lo macro, sin embargo, es el objetivo al que tenemos que apuntar. Pero la dificultad está en ello. Una de las respuestas posibles es la que ofrecieron Bernard Lepetit y Jacques Revel con el llamado “juego de escala”. Me parece que en muchos trabajos que se han podido hacer y que utilizan el microanálisis no se consigue establecer esta relación fundamental entre lo micro y lo macro. Por ello, trabajos que se pretenden de microanálisis finalmente hacen estudios, yo diría, casi de historia local, de historia puntual o de historia genealógica –cuando estudian una familia, por ejemplo–. Ese es el gran riesgo del microanálisis: que al multiplicar estudios de casos aplicados a un nivel muy micro, se obtengan resultados de escaso interés historiográfico, tales como que un cierto individuo se casó con cierta mujer y tuvieron ciertos hijos. En esos casos, la pregunta siempre es “¿y qué?”, ¿en qué aprovecha desde el punto de vista científico poseer esos datos tan específicos? El problema, pues, en muchos libros que leemos, es ese, y la realidad es que en muchos trabajos microanalíticos no se hace el trabajo de relacionar lo micro con lo macro, y entonces nos quedamos, yo diría, en una historia muy anecdótica. Si muchos estudios consiguen evitar esta torpeza, cada uno de nosotros puede leer, o tener en mente otros trabajos donde esa relación entre lo macro y lo micro no se hace de manera satisfactoria. En esos casos, lo que sucede es que se utiliza la categoría analítica de “red social” a veces como una simple metáfora, pero no se hace un verdadero estudio de redes sociales. Ese es el gran riesgo de este tipo de estudios, muchos historiadores ponen de título “red”, “vínculo”, “relaciones sociales”, etc., etc., pero no estoy seguro de que todos esos trabajos realmente utilicen o apliquen cabalmente las exigencias del microanálisis ni que relacionen lo micro y lo macro. Si no se hace eso, se pierde mucho de la aportación que puede brindar el microanálisis y del interés que puede tener. También se pone en entredicho la validación que se puede hacer de las conclusiones de estos estudios, porque finalmente se quedan en puras anécdotas que no dicen gran cosa. Yo creo que esa es la gran limitación de este tipo de enfoque y se relaciona con lo que decía anteriormente relativo a la heterogeneidad del paisaje historiográfico. De hecho, pienso que si no se realizan, en la actualidad, tantas síntesis historiográficas es por eso. En un artículo que publicó hace ya bastantes años, Roger Chartier recurrió a esta imagen del mosaico historiográfico actual. Por ello, creo que asumir una perspectiva microanalítica de trabajo implica un poco de riesgo, pero también creo que vale la pena aceptar ese riesgo a pesar de todo porque mantengo que el microanálisis es una forma de renovación de nuestras conclusiones, es una aportación significativa. Es cierto que varios trabajos no lo consiguen bien, pero también pienso en otros muchos que –comparados con el enfoque estructuralista– sí nos permiten hacer una renovación radical, yo diría, de la construcción del pasado. Entonces, vale la pena correr el riesgo de llevar adelante ese tipo de microanálisis.

R.H./ *Como hemos mencionado recientemente han tomado mucha fuerza en los estudios históricos corrientes de pensamiento que se decantan fuertemente hacia una Historia de las representaciones sociales y de las prácticas culturales allí donde antes se enfatizaban más aspectos materiales de las sociedades como la economía, la demografía y las desigualdades sociales. ¿Aspira el microanálisis a conciliar el estudio de las representaciones y prácticas culturales con las dinámicas materiales de las sociedades? Si es así, ¿cómo lo hace? Y si no es así ¿por qué?*

M.B./ Los estudios de representaciones son un acercamiento propio, específico, y yo diría, de la reconstrucción del pasado. Estos estudios –como lo dijo Roger Chartier en la conferencia magnífica que dio aquí– son, en el campo de las mentalidades, parte de esa renovación historiográfica de la que hablamos. La historia de las representaciones, que se aplica al campo de la historia cultural, consiste en creer que el actor social es también actor de su propia construcción cultural, y que no es solo un producto de las estructuras materiales. Anteriormente, cuando se hablaba, por ejemplo, de la historia de las mentalidades, se hablaba de cultura popular, y se presuponía que si un actor social pertenecía a ese mundo popular tendría que poseer esa llamada “cultura popular”, pero no necesariamente es así, el fenómeno es más complejo. La cultura popular es fruto de una estructura a la cual pertenecen los individuos, pero también es una propia construcción elaborada por los propios actores sociales en contacto con otros espacios culturales.

En ese sentido yo diría que la historia cultural de las representaciones es la aplicación del microanálisis al mundo de la cultura, mientras que el microanálisis de lo social, si se quiere, es la aplicación de este mismo tipo de enfoque, pero al contexto social. Diría entonces que el microanálisis tiene dos vertientes, cuyos orígenes están en cierta forma en dos historiadores italianos. Una es la historia cultural de las representaciones, uno de cuyos fundadores podría ser Carlo Ginzburg. Ginzburg aplica, a través de su molinero, un análisis micro, y lo que reconstruye son las representaciones de ese molinero. La otra vertiente es la de Giovanni Levi, que lo que hace es reconstruir para un pueblo, Santena, los mecanismos sociales, el funcionamiento de las relaciones sociales en un contexto muy local, y entender las lógicas de ese funcionamiento. Entonces, finalmente, se trata de dos vertientes del microanálisis, una aplicada al campo de la historia social y otra aplicada al campo de las representaciones, obviamente las dos están estrechamente relacionadas, nosotros aquí las separamos de manera un poco artificial, pero de hecho una juega sobre la otra. Claro que tampoco un historiador puede pretender reconstruirlo todo, pero a partir de esa idea de que no podemos tener una visión global vamos a priorizar un tipo de enfoque o de otro. Así pues, para mí no es que los dos enfoques sean complementarios, ni tampoco que sean paralelos, es que son dos manifestaciones de una misma preocupación, la cual consiste en no encerrar la reconstrucción del pasado, dentro de estructuras que condicionan todo. Sabemos que las estructuras pesan, yo lo digo y lo repito, juegan un papel importante, de forma que no podemos hacer abstracción de ellas, pero a la vez el individuo, el actor social, los grupos sociales tienen sus estrategias, tienen sus deseos, sus aspiraciones, sus oportunidades frente a esas estructuras. Eso es lo que nos interesa, el trabajo macrohistórico consiste en ver cómo ellos interpretan las estructuras, como se sitúan frente a ellas y entender que en este proceso hasta se

pueden equivocar. Por eso me parece que es tan importante resaltar los éxitos como los fracasos, porque unos y otros nos hablan de esas estrategias y de las representaciones que tenían esos actores sociales. Si un actor social se equivoca en sus estrategias vitales es porque en parte tiene mala información, porque no ha sabido “leer” o interpretar los mecanismos producidos por las estructuras. Así, el fracaso es también una vía para comprender el funcionamiento de las estrategias mentales, culturales o sociales, de los actores sociales que son dos versiones, yo diría vecinas, de la Historia.

R.H./ *Así las cosas, en su opinión, ¿cuáles han sido los principales logros en la aplicación de esta perspectiva al análisis de las sociedades coloniales hispanoamericanas?*

M.B./ Los temas que manejo de manera más común, los estudios de las élites sociales, me parece, han sido completamente renovados gracias a este tipo de enfoque. Todos los trabajos que aparecen día con día sobre élites coloniales aportan cosas nuevas. Por ejemplo, han permitido alejarnos un poco de la visión determinista que se tuvo en los años 1970. Y nos han permitido comprender que las élites sociales son grupos mucho más complejos de lo que se creía en aquella época, cuando se afirmaba, por ejemplo, que lo que guiaba a las élites coloniales era el conflicto entre criollos y peninsulares. Desde luego, ese conflicto existe, ¿quién lo niega?, pero está inserto dentro de otros muchos. Por ello, era un recurso que podía utilizar un criollo en sus estrategias, pero no era el único. La comprensión de este elemento ha permitido acercarnos a la complejidad del funcionamiento de la sociedad colonial. Esto, me parece, ha sido una aportación muy significativa.

Lo mismo diría, aunque en ese campo los trabajos son mucho más escasos, de los estudios que aplican el microanálisis de lo social al mundo indígena, porque la sociedad indígena era un ámbito respecto al cual también teníamos una visión muy determinista, en este caso de tipo jurídico-institucional. Durante muchos años definimos al indígena como un producto de la invención de la sociedad colonial: el indio era aquel individuo que las instituciones coloniales hacían indio; lo encerraban en su comunidad –el pueblo de indios–, le hacían pagar tributo, le brindaban un estatus jurídico-social. Pero lo interesante del enfoque microanalítico es que ha permitido salir de esta visión restrictiva de los indígenas y visualizar que, aparte de ser dominados, explotados, y todo lo que queramos, también eran capaces de ocupar espacios –intersticios– frente a ese sistema de dominación. De ahí que hayan surgido, por ejemplo, estudios muy concretos donde vemos indígenas que son comerciantes, cosa que vemos a través de sus testamentos. También podemos ver que eran capaces de acumular un cierto capital y de transmitirlo, o de jugar un cierto papel en el sistema político-institucional colonial. Por ello, no es siempre el indígena dominado el que vemos jugando un papel en la sociedad colonial. La comunidad indígena sin duda fue mucho más compleja de lo que en mucho tiempo nos ha sido contado y esto ha sido comprendido gracias a ese tipo de análisis. También hemos podido comprender que el mundo indígena no era homogéneo, y que había relaciones de conflicto dentro de la comunidad indígena, relaciones de poder obviamente. Todo esto es comprensible si abandonamos el enfoque de tipo global y estructural –el cual ha resultado ser demasiado jurídico-institucional–, y si consideramos que los

indígenas también eran capaces de actuar por sí mismos y que podían hacer valer sus intereses (aunque, claro, no digo que siempre ganaban ni que siempre obtenían lo que querían). Este tipo de enfoque también nos ha permitido comprender cómo los indígenas fueron capaces de utilizar en su favor instituciones como las cofradías. Las cofradías, por ejemplo, fueron para los indígenas un espacio extraordinario de defensa frente al sistema colonial. Y hay muchos otros. Yo creo, en suma, que este tipo de enfoque ha permitido –y vuelvo siempre a la misma idea– comprender que la sociedad colonial era mucho más compleja de lo que por mucho tiempo hemos oído.

R.H./ *La gran mayoría de los estudios microanalíticos realizados hasta ahora para el continente hispanoamericano en la época colonial han tendido a versar principalmente sobre las élites de grandes capitales coloniales, mostrando un interés más bien reducido por otros actores y regiones del imperio español. Desde esta perspectiva, ¿cuál es la importancia del estudio de las estructuras sociales y políticas coloniales en regiones periféricas de imperios coloniales modernos como el hispano?*

M.B./ Es cierto que los estudios microanalíticos han sido aplicados inicialmente al mundo de las élites, aunque no únicamente para las zonas centrales, también los hay para élites periféricas. Pienso por ejemplo en una tesis que conozco sobre la élite de Cartago...⁹ Cartago no es el centro del imperio y, sin embargo, puede ser también un lugar interesante. Esto ha sido así precisamente porque para poder realizar este tipo de enfoque, lo que se necesita es una documentación donde se muestre el accionar de los actores sociales y, con frecuencia, los que dejan más huella documental en este sentido son precisamente los que ejercen el poder y los que tienen capital, pues ellos eran quienes producían mayoritariamente la documentación, por ejemplo, cuando redactaban testamentos en los cuales vemos cómo decidían repartir sus patrimonios. Ahora bien, como lo acabo de decir –y aquí voy a citar un libro que para mí es muy importante–, hay ciertos casos donde este tipo de análisis ha podido ser llevado a cabo sobre grupos no dominantes, pues la documentación existe. Pienso en el trabajo de Jacques Poloni-Simard muy concretamente,¹⁰ que es para mí un libro modélico porque estudia la actuación de la población indígena de una región de Ecuador -Loja- del siglo XVI al XVIII. ¿Y por qué pudo hacerlo? Porque en esa región él descubrió un fondo de testamentos de indígenas y fue a partir de ese fondo documental de indígenas que redactaron o hicieron redactar sus testamentos que pudo reconstruir sus estrategias sociales, religiosas, etc.

Entonces, este tipo de enfoque está condicionado por la documentación. Otra fuente que puede utilizarse para realizar estudios microanalíticos es la documentación judicial. En los documentos judiciales coloniales, a pesar de que los pleitos eran manejados por la administración que estaba encargada de impartir justicia, los indígenas, las categorías inferiores –digámoslo así– de la sociedad colonial, también se expresaron porque eran testigos, e incluso hablaban en su propia lengua muchas veces, con un intérprete que traducía para el juez. De esta forma, aunque en estos documentos el testigo siempre contestaba las preguntas que le hacían, era él quien se expresaba directamente. Hay muchas fuentes que nos permiten entonces reconstruir las actuaciones sociales de actores que no son necesariamente de la élite. Estas fuentes no son, desde luego, la mayoría y no

son necesariamente en las cuales pensamos inmediatamente, pero existen, y yo creo que es solo cuestión de querer utilizarlas, interrogarlas y entenderlas con la preocupación de extraer de ellas qué dicen los actores sociales, cómo se expresan, qué palabras utilizan. Por todo ello, yo creo que es cuestión de ser más curiosos en el uso de las fuentes. Desde luego, eso supone un análisis muy pormenorizado, un análisis de tipo cualitativo muy preciso, porque no se puede hacer un análisis de tipo cuantitativo con este tipo de acercamiento. Así pues, le toca al historiador ubicar y saber interrogar las fuentes, pero es posible hacerlo y hay ejemplos que lo demuestran claramente.

R.H./ *Tomando en cuenta su amplia experiencia como investigador hispanoamericanista ¿cuáles son las virtudes y las limitaciones de los esfuerzos de reconstrucción de las sociedades hispanoamericanas desde la dinámica de las élites?*

M.B./ En primer lugar, yo no sé si las élites son las que tienen un papel predominante en la organización de la sociedad. Es cierto que ellas tienen sus estrategias, sus objetivos. Sin embargo, no son un conjunto homogéneo; están compuestas por grupos de intereses, familiares, por grupos de poder; están ubicadas en instituciones –cabildos, consulados, etc. –. Además de esto, yo no sé si las élites en conjunto tienen una única lógica. Lo que interesa, me parece, es comprender cómo la diversidad de esas élites coloniales se manifiesta en conflictos, en objetivos contradictorios, en pleitos... Por ejemplo, en mi estudio sobre los oficiales reales de Nueva España y sus dinámicas relacionales, uno de mis intereses fue comprender cómo dentro de este grupo particular hubo líneas de fractura, así como estrategias individuales, y pudo haber objetivos contradictorios. Las preguntas que surgen son, pues, ¿cómo juegan los actores sociales en sus contextos? ¿cómo consiguen alianzas, cómo triunfan, cómo fracasan? Esto porque es claro que el actor social no logra siempre lo que quiere, de manera que lo que me interesa fundamentalmente son los intentos.

Por otra parte, como digo, yo no creo que se pueda hablar de las élites como un conjunto, las élites son como todos los grupos sociales –como la comunidad indígena, por ejemplo, como dije anteriormente–, es decir, están atravesadas por líneas de fractura. Hay, por ejemplo, fracturas entre criollos y peninsulares, otras líneas de fractura se dan entre familias, o entre intereses económicos contrapuestos, por ejemplo entre comerciantes y productores, o entre élites urbanas y élites rurales. Lo que me interesa, entonces, es ver cómo esa diversidad y esa complejidad funcionan a lo largo de los tres siglos de la colonia, y cómo se posiciona frente a coyunturas de crisis, por ejemplo, frente crisis económicas o políticas. Voy a dar un ejemplo concreto. Los últimos trabajos que he hecho para Guatemala se relacionan con las estrategias de los comerciantes guatemaltecos frente al llamado comercio de neutrales a finales del siglo XVIII y principios del XIX. En 1796 la corona española emitió un decreto que abría a los habitantes de Hispanoamérica la posibilidad de comerciar con países neutrales, que no fueran enemigos de España. A raíz de ello, un comerciante español de Guatemala, llamado Irízari, supo aprovechar de manera excepcional esa autorización que se le daba. En dos años montó un negocio espectacular con Jamaica. Pero los otros comerciantes del Consulado de Guatemala no lo vieron con buenos ojos porque Irízari estaba consiguiendo gran parte del pastel –aunque no digo que

todo—. ¿Qué pasó entonces? Pues esperaron la primera oportunidad para pegarle palos serios. Esto ocurrió rápidamente porque en 1798 la Corona decidió hacer un balance de los resultados obtenidos después de dos años de aplicar esta política y decidió suspender hasta nueva orden el comercio con neutrales. Entonces, los comerciantes que no habían sabido utilizar eso denunciaron a Irízari acusándole de haber comerciado ilegalmente y, por tanto, de ser un contrabandista, con lo que lograron arruinarlo. Lo interesante en este caso, es que todos los implicados en él fueron miembros de la élite española peninsular de la región, incluso vascos de origen –salvo uno que era navarro, pero no creo que eso fuera fundamental en el conflicto–, por lo que hasta compartían un origen geográfico común. Eso me pareció sumamente interesante, pues eran españoles, gachupines, incluso vascos o navarros, vecinos, que tenían alianzas familiares entre sí, los que sin embargo se pegaron unos palos tremendos. Al final, en 1805, Irízari tuvo que salir de Guatemala y, arruinado, se fue a refugiarse a Ecuador.

Puedo afirmar, entonces, que la “élite colonial”, como grupo homogéneo, para mí no existe. El caso anterior nos muestra que había grupos dentro de esa élite que entraban en conflicto entre sí y que aprovechaban para sus propios fines las reales cédulas que llegaban regularmente con cada navío de aviso. Me interesa entonces ver cómo reaccionaban las “élites” frente a esos cambios legales. Por ende, yo no creo que haya que considerar la élite como algo homogéneo, creo que hay que considerarla como un espacio, un territorio en el cual las luchas de intereses son muy fuertes y lo interesante, finalmente, es preguntarse, ¿qué nos dicen esas luchas de intereses sobre su funcionamiento?

R.H./ *Como lo explicó usted antes, en su indagación sobre los funcionarios menores de la Nueva España durante los siglos XVII y XVIII se da una transición desde la prosopografía más tradicional hacia el estudio de las redes sociales. ¿Podría referirse un poco más a esa evolución teórica y metodológica?*

M.B./ Como ya dije al principio, cuando recién había acabado mi tesis y empecé a hacer mi investigación sobre los oficiales de la Real Hacienda tenía como idea reconstruir un grupo social que era definido porque todos compartían el mismo trabajo: eran oficiales reales. En cierta forma lo que yo hacía allí era reconstruir las estructuras. Yo reconstruía una estructura administrativa. Y entonces cuando había acabado de reconstruir ese grupo a partir de la prosopografía, entendí cómo funcionaba. Por ejemplo, vi que la venta de cargos era muy importante. Se aplicó desde el siglo XVII hasta principios del XVIII, y después se dejó de aplicar. Eso me permitió comprender que a partir de un cierto momento –digamos entre 1715-20– la monarquía hispánica empezó a querer tener un mejor control sobre los oficiales de la Real Hacienda. En este punto, hubo un libro sobre los odores de las Audiencias Coloniales Hispanoamericanas que para mí fue una referencia obligatoria: el libro de Burkholder y Chandler.¹¹ Ellos consideraron que la desaparición de la venta de cargos era la explicación fundamental para comprender lo que ellos llaman el paso “de la impotencia a la autoridad” de la monarquía española en el siglo XVIII. Me pregunté entonces, ¿era válido eso para los oficiales de la Real Hacienda? Y encontré que no, porque hallé que la venta de cargos desapareció mucho más tempranamente en la Real Hacienda que en las Audiencias; bastante antes, de hecho,

prácticamente una generación, pues en la Real Hacienda la desaparición de la venta de cargos se dio en los años 1715-20, mientras que en las Audiencias no se dio sino hasta los años cincuenta. A pesar de todo, encontré que la desaparición de la venta de cargos no significó un reforzamiento del control de la monarquía sobre la administración colonial, porque las denuncias por el mal funcionamiento de la Real Hacienda continuaron sin cambios. Fue a partir de ese momento que comprendí que era necesario reconstruir no solo la estructura administrativa sino el lugar ocupado por los oficiales reales dentro de esa estructura. Pero eso tampoco era suficiente para comprender por qué desde la perspectiva monárquica siguió funcionando mal la Real Hacienda, es decir, por qué no recaudaban lo suficiente, porqué toleraban demasiados fraudes, etc. Para comprender eso, yo tenía que saber precisamente cómo estos individuos se relacionaban con la élite a la cual tenían que cobrar los impuestos. Y entonces fue ahí donde el concepto de red social vino a ser para mí el instrumento para comprender la situación de esos oficiales, en relación con el resto de la sociedad colonial. Fue allí donde pasé de una reconstrucción de tipo, se puede decir, casi estructuralista –dado que la prosopografía me da un contexto, una ubicación, unas normas, pero no me dice gran cosa del funcionamiento práctico de un grupo– a una donde el concepto de red social me permitió comprender el espacio efectivo que ocupaba esta élite burocrática dentro de la élite social colonial.

R.H./ *Siguiendo con esta idea, ¿cuáles serían entonces los aspectos teórico- metodológicos imprescindibles al momento de emprender un trabajo que intente integrar la historia social con este estudio prosopográfico?*

M.B./ Lo fundamental es encontrar fuentes que permitan contestar las preguntas que interesan en la investigación. Por ejemplo, cuando empecé a reconstruir el grupo de los oficiales reales, utilicé fuentes que podríamos calificar de “clásicas” para la historia de la administración, por ejemplo, las relaciones de méritos, las cuales permiten reconstruir las carreras vitales de los individuos. Ese tipo de fuentes contestaba mi interrogante acerca del lugar que esos hombres ocupaban en la administración, pero no me decía nada sobre su papel social. De ahí que sentí la necesidad, para salir de ese marco demasiado jurídico-institucional, de recurrir a otros tipos de fuentes que me podían ser útiles en el momento de contestar las preguntas sobre el papel de esos oficiales dentro de la sociedad colonial. Por ello fue fundamental para mí la utilización de otros dos tipos de fuentes que yo exploté de manera cualitativa. Una es la documentación judicial, que ha sido para mí una fuente de información verdaderamente espectacular. Esto merece quizás un pequeño comentario, porque las fuentes judiciales que yo utilicé son muy peculiares: las llamadas “visitas”. Como lo dije, las denuncias contra oficiales reales siempre se hacían porque había dinero desaparecido. Esto motivaba que se hicieran “visitas”, procesos en los que se mandaba un juez visitador desde el Consejo o desde la Audiencia. Este visitador tenía la misión de convocar a la gente de la ciudad donde se habían realizado las denuncias –Zacatecas, Guanajuato, México etc. con el objetivo de recopilar información de testigos sobre el particular. De este tipo de documentos resultan unas informaciones extraordinarias, por ejemplo, las del tipo: “Fulanito de tal, oficial real, está relacionado ilegítimamente con tal mujer, esa mujer es familiar de tal comerciante,

que está directamente interesado en evadir los impuestos... etc., etc.”. De las visitas también se obtiene información acerca de la dinámica relacional de los sujetos, por ejemplo, sobre con quién jugaba a los naipes, con quién compartía, pero también de quién recibían favores, etc. Así, esas fuentes judiciales me permitieron reconstruir el entramado social, es decir, me permitieron ver, para un momento dado, cómo estos oficiales estaban directamente relacionados y con quién. Por ello, las visitas resultaron ser una fuente extraordinaria para estudiar la dinámica social de estos actores históricos.

La segunda fuente que ha sido para mí muy útil es la fuente notarial, los protocolos, que contienen fundamentalmente dos tipos de documentos. Uno de ellos son las cartas dote, que sirven para saber con quién se casaban los oficiales de la Real Hacienda y los arreglos matrimoniales que hacían. Esto fue fundamental para mí porque gracias a estos documentos comprendí que estos oficiales medianos de la burocracia colonial, muchos de ellos de extracción social mediocre, sin patrimonio propio, venían endeudados cuando llegaban a América, llegaban todos muy jóvenes, y cuando se casaban –porque no todos lo hicieron– lo hacían sistemáticamente con hijas de las familias pudientes del lugar donde eran nombrados. Eso me hablaba de la gran rapidez con que estos peninsulares se integraban a la élite criolla local. Otro tipo de documento que fue de gran importancia en mi investigación fueron los testamentos, porque me permitieron ver los patrimonios económicos. Esto me permitió reconstruir los negocios de estos hombres, pero también me mostró, en general, cómo gestionaban lo espiritual, lo familiar, etc. Por todo ello, lo importante para mí en aquel momento era intentar ubicar fuentes que me permitieran salir de esa visión demasiado jurídico-institucional, para comprender el funcionamiento de la sociedad colonial. Esto es lo fundamental en este tipo de estudios.

R.H./ *¿Cuáles son las principales consecuencias que para usted tiene ese giro de la historia del estudio de las estructuras al de los espacios de relación en los estudios americanistas actuales y cuáles pueden ser sus principales retos a futuro?*

M.B./ Son muchas, pero yo insistiría en que la principal es que nos da una visión más compleja del pasado. El pasado es mucho más complejo de lo que pensamos o tenemos tendencia a pensar, y las posibilidades de acción con que contaban los individuos en el período colonial eran también mucho más numerosas de lo que creíamos. Me explico: el historiador trabaja sobre lo que ha ocurrido. Lo que ha ocurrido es únicamente una de las posibilidades de lo que hubiera podido ocurrir y lo que nos permite ese enfoque es comprender eso. Es decir, quedamos en posición de comprender que si ocurrió algo en particular en la vida de un individuo, fue sin duda porque ese individuo lo decidió así, pero si lo decidió así fue también porque tenía una cierta información o ciertos recursos que podían actuar a su favor. El paso siguiente es preguntarse: al cabo de todo ¿consiguió o no este individuo lo que quería? Esto porque, como dije anteriormente, el fracaso también es para mí interesante. Entonces lo importante de ese tipo de enfoque es precisamente que nos permite acercarnos a esa complejidad del pasado y comprender que los actores –nosotros en nuestra cotidianidad– tenemos una cierta libertad de iniciativa. Puede ser que sea una libertad falsa porque es producto del contexto en el cual nos ubicamos. Pero puede ser que no; puede ser que uno decida algo porque es lo que quiere

conseguir a toda costa. Por ejemplo, cuando veo que un oficial real se casa sistemáticamente con una hija de un gran comerciante, sin duda eso me habla del funcionamiento de una estrategia de ascensión social, de una voluntad de integrarse dentro de esa élite que desde luego deslumbraba a estos españoles que llegaban sin gran fortuna. Eso es lo que me parece la aportación de este tipo de enfoque. Nos permite comprender mejor que la sociedad colonial es mucho más dinámica, mucho más compleja, mucho más sutil de lo que se creía, y que los individuos obviamente podían jugar con esa sutileza. No siempre consiguieron lo que querían, pero poco importa. A mí lo que me interesa son sus intentos, sus deseos, sus perspectivas, sus objetivos, sus cálculos... Lo interesante es pues, reconstruir esa intencionalidad; que consigan o no sus fines, no es lo más importante, pues lo interesante es ver cómo esos individuos o esos grupos de individuos fueron capaces de jugar con los contextos: el contexto de la cultura económica, el de la coyuntura política, el del mundo cultural en el cual estaban inmersos... Sin duda ellos fueron capaces de jugar con esas normas que les eran impuestas, y a veces hasta de liberarse de ellas.

Así, la principal ventaja que ha brindado este enfoque es que con él se logra una visión más completa y desde distintos niveles de la sociedad. Podemos seguir considerando que el nivel macro, el nivel estructural, es interesante y tenemos que conocerlo, pero no es suficiente. Por ello, el interés del microanálisis es que nos permite ver, frente a ese nivel –que era predominante en los enfoques historiográficos hasta los años setenta–, otros niveles de funcionamiento del sistema y de la sociedad colonial. En cuanto a las perspectivas futuras, pienso que el gran reto que tenemos hoy es precisamente evitar esa heterogeneidad historiográfica a la cual yo aludí anteriormente, esa especie de disolución del discurso histórico en una multiplicación de estudios puntuales yuxtapuestos que no se relacionan entre sí y que no nos dicen gran cosa del funcionamiento global de la sociedad. Entonces, el riesgo consiste en quedarse en lo demasiado puntual, en lo anecdótico, y en no pasar a un intento de síntesis. Ese es el verdadero reto para los estudios microanalíticos de hoy.

R.H./ *En esta misma línea y vistos los resultados que se han obtenido con el estudio de las sociedades coloniales, ¿qué perspectivas sobre nuevos temas de investigación de las sociedades coloniales hispanoamericanas han quedado abiertas para abordar desde la perspectiva del microanálisis? Y, ¿qué perspectivas habría de aplicar el enfoque al Estado Moderno y a las sociedades contemporáneas?*

M.B./ Sobre El estado y la sociedad colonial creo que hay un sinfín de estudios posibles, precisamente porque hasta ahora se han estudiado los espacios donde más documentación hay, los más centrales, por decirlo así. Creo que se podría –y se debería– aplicar este tipo de enfoque a comunidades indígenas o a zonas más periféricas del imperio. También se puede aplicar este tipo de análisis a grupos sociales que no han sido estudiados de manera tan sistemática hasta ahora como, por ejemplo, la Iglesia. Sin duda se han realizado estudios microanalíticos sobre las instituciones eclesiásticas, pero creo que aún queda mucho por hacer. Por ejemplo, un convento se puede estudiar muy bien como un espacio antropológico, pues es todo un microcosmos social. Yo mismo estoy

trabajando ahora, por ejemplo, sobre la visita de Palafox a mediados del siglo XVII a Nueva España. La visita de Palafox es un acontecimiento muy conocido, del que se habla en gran cantidad de libros. Su visita duró más o menos unos diez años, que fueron diez años de crisis tremendos en Nueva España. Yo intento reconstruir las estrategias de Palafox, quien venía para poner orden en el sistema social de esta época convulsa, y lo hago a partir de la documentación que tenemos, visitas especialmente, correspondencia, etc. De este modo, lo que me interesa concretamente es ver cómo hizo esto, quién le sirvió de apoyo en la sociedad colonial, pero también quiénes fueron sus enemigos (cosa que sabemos muy bien: los jesuitas), etc. También me intereso por indagar, por ejemplo, cuándo Palafox asumió el cargo de obispo de Puebla, qué relación tuvo con el cabildo eclesiástico o con el cabildo municipal. En pocas palabras, temas hay miles, porque el microanálisis nos permite visitar temáticas que han sido investigadas muchas veces antes, pero desde otro enfoque y otras problemáticas, y a las cuales podríamos matizar de una manera que nos sirva para completar lo hecho hasta ahora, o bien, para brindar toda una nueva visión sobre ello.

En relación con el mundo contemporáneo –cosa que es muy importante–, no cabe duda de que se puede aplicar –y de hecho se ha aplicado– el mismo tipo de enfoque a sociedades no coloniales. Pienso concretamente en trabajos sobre la clase obrera en Turín, en el siglo XX, realizados por Maurizio Gribaudi¹². Este autor estudia lo que es ser obrero en la Turín de los años 1920 y pone en evidencia que no existía para estos obreros un espacio de sociabilidad exclusivo condicionado por el hecho de ser, para muchos de ellos, comunista. De la misma forma se podría aplicar este tipo de enfoque al surgimiento del Estado republicano decimonónico y de la burocracia estatal en Costa Rica, Guatemala o México. De hecho, en México Isabelle Rousseau ha aplicado el enfoque del microanálisis al estudio a la estructura administrativa mexicana de los últimos decenios del siglo pasado.¹³ Así pues, este tipo de enfoque es totalmente aplicable a sociedades que no son coloniales. De hecho, enfoques microanalíticos se aplican de manera regular por los sociólogos a las sociedades contemporáneas. Ellos han estudiado administraciones, empresas o grupos de actores inscribiéndose en la llamada “sociología pragmática”.¹⁴ De la misma forma sería posible aplicar el microanálisis a la burocracia estatal de cualquier país de Centroamérica. Por ejemplo, podríamos estudiar quiénes son los integrantes de la burocracia estatal contemporánea. Incluso, yo estoy dirigiendo en estos momentos varios trabajos de ese tipo, por ejemplo sobre los historiadores y la política en Centroamérica en el siglo XIX, donde las preguntas de investigación han girado en torno a quiénes eran estos individuos, con quiénes se relacionaban, qué tipo de estrategias desplegaban, etc. Los mismos enfoques se pueden aplicar también a los médicos –dirijo otro trabajo sobre eso para el caso de Buenos-Aires–, por mencionar otra posibilidad. En este caso se podría formular la pregunta sobre, por ejemplo, cómo pasa el discurso higienista, que surge en el mundo de la medicina, a la política; es decir, este tema nos lleva a indagar directamente cómo se da la filtración de las ideas, entre otras cosas. Esto podría brindar muchos aportes pues se sabe, por ejemplo, que las ideas se filtran a través de influencias o de la prensa, obviamente, pero también a través de otros tipos de sistemas relacionales, por decir, desde organizaciones sociales que permiten la difusión de las nuevas ideas. Creo que, desde luego, el microanálisis

es un instrumento entre otros, no digo de ninguna manera que sea exclusivo, pero nos permite responder de otra forma preguntas que ya han sido contestadas, pero que podemos visitar de forma que podamos aportar nuevos enfoques, nuevos esclarecimientos y nuevas perspectivas.

Notas

- 1 Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos: el cosmos de un molinero del siglo XVI* (Barcelona, España: Muchnik, 1994). Edición original: *Il formaggio e i vermi. Il cosmo di un mugnaio del '500* (Turín: Einaudi, 1976).
- 2 “Histoire et sciences sociales; un tournant critique”, *Annales ESC* (Francia) 6 (noviembre-diciembre 1989) : 1317-1323.
- 3 Véase: Jacques Revel, (ec.), *Jeux d'échelles: la microanalyse a l'expérience* (París, Francia: Le Seuil/Gallimard, 1996).
- 4 Phillipe Ariès, *Un historien du dimanche* (París, Francia: Seuil, Biographies et témoignages Edition, 1980).
- 5 François Chevalier, *La formation des grands domaines au Mexique, terre et société aux XVIe-XVII siècles* (París, Francia: Institut d'ethnologie, 1952).
- 6 Michel Bertrand, *Terre et société coloniale* (México, D.F.: CEMCA, 1987).
- 7 Michel Bertrand, *Grandeur et misère de l'office, les officiers de finances de Nouvelle-Espagne (XVII-XVIII siècle)* (París, Francia: Publications de la Sorbonne, 1998). Recientemente publicado en castellano por el Fondo de Cultura Económica de México, 2011.
- 8 Giovanni Levi, *La herencia inmaterial: la historia de un exorcista piamontés del siglo XVII* (Madrid, España: Nerea, 1990). Sin duda se refiere a la edición francesa de 1985, publicada por Gallimard.
- 9 Se refiere a la tesis doctoral de Eduardo Madrigal, *Cartago República Urbana: élites y poderes en la Costa Rica colonial (1564-1718)* (Universidad de Costa Rica y Universidad de Toulouse II-Le Mirail, 2006), la cual fue dirigida por él.
- 10 Jacques Poloni-Simard, *El mosaico indígena, movilidad, estratificación social y mestizaje en el corregimiento de Cuenca (Ecuador), del siglo 16 al 18* (Quito, Ecuador: Casa de Velázquez, Instituto Francés de Estudios Andinos, Editorial Abya-Yala, 2006).
- 11 Mark A Burkholder, y D.S, Chandler. *From Impotence to Authority: The Spanish Crown and the American Audiencias, 1687-1808*. Columbia y Londres: University of Missouri Press, 1977).
- 12 Maurizio Gribaudi, *Itinéraires ouvriers, espaces et groupes sociaux à Turin au début du XXe siècle* (París, Francia: EHESS, 1987).
- 13 Isabelle Rousseau, *México: ¿Una revolución silenciosa ? élites gubernamentales y proyecto de modernización. (1970-1995)* (México, D.F.: Colmex, 2001).
- 14 Un estudio pionero en su tiempo y hoy clásico es el de Luc Boltanski, *Les cadres, La formation d'un groupe social* (París, Francia: Les Editions de Minuit, Collection « Le sens commun », 1982).